

LA METAMORFOSIS ADECIANA

OCTAVIO DUQUE LOPEZ

Fundador – Diseñador de ADC -

“Me gusta pensarme como alguien que se baña en piscinas llenas de inteligencia ajena, de cultura ajena, de sabiduría ajena. Cuanto más ajenas mejor. Cuanto menos coincidan con mis pequeños saberes, mejor”. Estas palabras pronunciadas por Pepe Mujica, el actual presidente de Uruguay, son una síntesis de aquello que, en la Asociación para el desarrollo campesino –ADC-, hemos hecho durante treinta años y de lo que pretendemos hacer en el futuro. El III encuentro internacional de Diseñadores, es prueba de ello, una ocasión para mirarnos, para valorar los caminos por los cuales realizamos nuestro proceso y para añadir a nuestro bagaje nuevas razones que nos inciten a perseverar en la búsqueda del bienvivir personal y colectivo.

Hemos sido a veces marginales, casi siempre modestos y a menudo invisibles para nuestros contemporáneos, como lo insinuara Edgar Morin. Sin embargo, en la ADC nos sentimos orgullosos de pertenecer a lo que él mismo describió como un “hervidero creativo que existe en todos los continentes, una multitud de iniciativas locales, vinculadas a la regeneración económica, o social, o política, o cognitiva, o educacional, o ética, o reformadora de la vida. Son iniciativas que se ignoran entre sí, ninguna administración las toma en cuenta, ningún partido se da por enterado. Pero ellas son el vivero del futuro”. Estos gestos generosos de amor a la vida se constituyen en eje de una conciencia planetaria en desarrollo.

Antes de 1980

Nuestra historia comenzó a finales de los años setenta, cuando la visión de los pioneros de la ADC estaba modelada por el acontecer histórico de la época: a nivel mundial el final de la guerra en Vietnam, el impacto de los movimientos estudiantiles y la hiper-urbanización; en América Latina el auge de la teología de la liberación, la elección de Allende y su asesinato liderado por el siniestro dictador; en Colombia, el final del Frente Nacional, el protagonismo de movimientos guerrilleros y de organizaciones civiles y políticas que se abrieron paso entre la inercia bipartidista, el surgimiento de la clase emergente que se apropió del territorio y erigió el imperio del narcotráfico, la promulgación del “Estatuto de seguridad” con el correspondiente aniquilamiento de los derechos ciudadanos y la aceleración del éxodo de campesinos hacia la periferia de las grandes ciudades.

Aquí, en La Cocha, donde tuvo origen la ADC, la mayoría de los habitantes de entonces vivían en un mundo cuyos límites naturales eran los cerros circundantes. Más allá del Patascoy, del Alcalde, del Tábano, del Bordoncillo y del Campanero, habitaba gente “nacida en otra parte” que imponía códigos económicos y sociales exógenos, gente que venía de manera regular cada domingo con alimentos producidos en lugares desconocidos, con mercancías exóticas, con herramientas sofisticadas y con ofertas de compadrazgo a cambio de los frutos del trabajo familiar de la semana. Algunos campesinos de La Cocha debieron entregar sus tierras y sumarse a las aglomeraciones humanas en los suburbios anejos a Pasto.

En ese contexto, los pioneros de la ADC, supimos que era imperativo trabajar por nuestra integración preservando la cultura local. Para ello imaginamos escenarios que mezclaban elementos tradicionales de acción social con las costumbres locales y pusimos en marcha un proceso sabiendo, como lo saben los arrieros de nuestro país, que “en el camino se arreglan las cargas” pero que hay que saber cómo, cuándo y con quienes recorrerlo.

La transformación de paradigmas

En 2010 estamos en un umbral paradójico de “no retorno”. Teóricamente, en el conjunto de la sociedad se maneja una visión del medio natural menos antropocéntrica. Sin embargo, el desprecio por la vida o la indiferencia hacia los principios fundadores de la diversidad cultural y natural se hacen evidentes en Afganistán, en África subsahariana, en el Medio Oriente o en el Golfo de México; en nuestra América Latina se asumen niveles de liderazgo insospechados, pero nos dejamos absorber por las ventosas más perversas de la globalización; en Colombia crece la economía, se concentra la riqueza, se sacrifican la biodiversidad y el respeto a los derechos humanos y se acomoda a los intereses de unos pocos el ejercicio de los deberes, mientras algunos sectores sociales se interesan en procesos de depuración de ciertas hábitos éticos; en la ADC establecemos relaciones diversas y complejas, nuestras fronteras de acción se expanden, nuestro conocimiento se renueva, hombres y mujeres de todas las edades somos partícipes de nuestra propia evolución. Sin embargo nuestros gestos son todavía aislados, nos falta encauzarlos hacia un compromiso político y social más profundo.

La perspectiva

Los próximos treinta años nos llevarán por caminos que conocemos de manera parcial. Serán senderos sinuosos, excitantes, llenos de sorpresas, que se

transformarán a partir de nuevas realidades. Trazar los detalles de nuestro futuro sería una osadía de alto riesgo, pero delinear los rasgos generales de nuestra ilusión es una obligación. En la ADC **queremos querer más** porque comprendemos que ese es el corazón de nuestra esperanza en una sociedad que incluya a todos sus miembros.

Permítanme compartir con ustedes una sinopsis de nuestros tres querereres.

1. Queremos querernos más a nosotros mismos

Sí. Queremos que cada uno se quiera más a sí mismo. Vamos a continuar con el descubrimiento de los valores que nos imprimen carácter sagrado, único e irrepetible y que están a la base de actitudes como el auto-respeto o como la responsabilidad de tomar decisiones sobre qué comer, qué vestir, qué consumir. Es, en definitiva dar el paso esencial hacia el establecimiento de relaciones armoniosas con nuestro propio espíritu y con el ecosistema más próximo del que hacemos parte: nuestro propio cuerpo.

Queremos que nuestra visión de futuro se base en la clara identificación de las causas de nuestras pobrezas crónicas individuales y en el descubrimiento de nuestras riquezas potenciales capaces de juntarse a las de otros. Queremos actuar con precaución, a nuestro propio ritmo; priorizar satisfactores locales a nuestras necesidades y garantizar nuestro bienvivir personal.

Queremos afianzar nuestra pertenencia individual a un territorio, a una sociedad, a una nación; ejercitar nuestra autonomía, ser solidarios y discrepar, tolerar y desobedecer; aprender de la diversidad y clausurar los espacios que facilitan la colonización por parte de culturas hegemónicas.

Queremos ampliar nuestra capacidad de entender, de utilizar habilidades y carismas; aprovechar nuestras tradiciones, sumarles saberes de otros pueblos, y los provenientes de la ciencia y de la tecnología; estimular nuestra curiosidad haciendo preguntas más que dando respuestas; incitar al descubrimiento del artista que pernocta en el interior de cada uno de nosotros y adecuar los espacios requeridos para que se exprese nuestro espíritu creativo.

Queremos conquistar nuestro tiempo libre, disfrutar de la oportunidad de descanso, viajar, conocer, llenarnos los ojos y el alma de nuevos paisajes, de la gente y de los otros seres vivos que los habitan.

2. Queremos querer más a los demás

Sí. Queremos querer más a los demás y que los demás nos quieran más; interactuar con quienes compartimos el presente y el futuro que nos son comunes e intentar mirar la realidad desde diferentes perspectivas, desde la de Francisco de

Asís y desde aquella del lobo que, según la interpretación de Saramago, le dijo al santo: “tú puedes llamarme hermano, pero no me exijas que llame hermana a la oveja”.

Queremos convertir la comunicación en eje de la experiencia de vida y aprendizaje; utilizar un lenguaje inequívoco para establecer diálogos comprensibles ligados a los valores que compartimos; que el pan sea pan y bien vivir sea vivir bien.

Queremos incrementar la participación de todas las generaciones, la de los ancianos para mantener firmes las bases de nuestro saber, las de los adultos para evaluar y construir, evaluar y construir y la de los niños para asegurar el relevo generacional y la permanencia en el tiempo de los procesos culturales vivos, en movimiento.

Queremos ser actores en la reconstrucción de “sociedad civil”, darle contenido plural al concepto. La participación como ciudadanos nos exigirá abandonar los formatos que alguna vez dominaron nuestra acción social y política: izquierda, derecha y todos sus matices, se ocultan hoy en un difuso espacio sin fronteras, perdieron vigencia como opciones y, con frecuencia, sólo sirven para enmascarar la incomprensión de una realidad que se nos sale de las manos.

La innovación para eliminar la fragmentación a la que fuimos sometidos y que como pueblo aceptamos pasivamente, pasa por el ejercicio de la transdisciplinariedad, una visión que incorpore lo empírico, lo propositivo, lo normativo y lo valórico en un intento por asegurar soluciones sinérgicas. Este es un tiempo para que desde las bases sociales asumamos esta tarea de diálogo incluyente en la que participemos campesinos, indígenas, negros, obreros, artistas, escritores, educadores, académicos, empresarios, deportistas... Es tiempo para participar en las decisiones políticas que nos conciernen y queremos que ellas se parezcan a nuestra organización y que la organización se parezca a nosotros.

Queremos minguear y diseñar.

3. Queremos querer más nuestro territorio y nuestro medio natural

Sí. A la manera del pueblo Navajo, asumimos que nuestra cultura es herencia recibida de nuestros hijos y que es nuestra responsabilidad reintegrarles el territorio y el medio natural en condiciones propicias para que puedan, a su vez, transmitirla a sus hijos.

Nosotros, los seres humanos que establecimos los códigos para identificar las especies, tenemos mucha dificultad para reconocernos como una entre ellas. La actitud arrogante que asumimos nos impide aceptar que no somos el núcleo en

torno al cual gravita el Planeta. Es hora de actuar en consecuencia, de identificar caminos que nos lleven al respeto individual y colectivo de todas las formas de vida y de amar la biodiversidad como premisa para protegerla. Es la única manera de proteger nuestra propia existencia.

En un mundo que gira en torno a la economía, seguiremos favoreciendo las actividades que aportan beneficios a muchos sin reducir los derechos de las mayorías. Esta actitud implica que nosotros, ligados a la tierra desde siempre, seamos capaces de decidir qué, cómo, cuándo y con quién producir, transformar y distribuir los alimentos que consumimos y los bienes que son resultado de nuestro saber hacer.

Continuaremos descubriendo las maravillas de nuestro entorno para amarlo más, para protegerlo mejor y para compartir el conocimiento. Continuaremos consintiendo la crianza y los cultivos de los recursos genéticos tradicionales y reincorporando al suelo una parte de la energía que nos regala todos los días.

Como consecuencia de la arrogancia humana, nunca reconocida, tuvimos que adoptar una “Declaración universal de los derechos humanos” como intento para armonizar nuestras relaciones. Pensadores como el noruego Jostein Gaarder (“Historia de Sofía”) se preguntan si en el siglo XXI deberíamos establecer la “declaración universal de los deberes del hombre”. En la ADC pensamos que sería más importante alcanzar un nivel de comprensión que nos conduzca a sentirnos y a actuar como parte del todo y no sólo apéndice de una de las partes. Sentir y actuar como hoja, como raíz o como tronco, pero sabernos parte del mismo árbol. Defender nuestros derechos y cumplir nuestros deberes. Ese sería un camino para mirar al mismo tiempo nuestro Amazonas que, según Popescu, nace en el cielo, y nuestra Cocha que es parte del cielo amazónico. Los adecianos, como Gandhi, queremos asumir que “El Ganges de los derechos desciende del Himalaya de los deberes”.

Nuestros quereres hacen parte de una historia que nos habita y del territorio y los ecosistemas que habitamos. Treinta años después de nuestra fundación, es un sueño que continúa transformándose al mismo tiempo que dinamiza nuestra cultura. La metamorfosis de la ADC es un proceso continuo: somos oruga, quizá crisálida, pero un día queremos ser mariposa y recomenzar de nuevo.

Este sueño es el comienzo de una disoñación gracias al privilegio de estar inmersos entre ustedes, en la piscina de los disoñadores, personas y organizaciones, que estimulan nuestra esperanza de converger hacia un gran canto a la vida.

Gracias por celebrar con nosotros y por acompañar nuestro reto durante los próximos treinta años.

La Cocha, julio de 2010